

# El Monasterio de San Lonso de El Escorial, poema religioso de un rey y un hombre religioso

**E**L Escorial sirve para evocar, para entrar por la puerta grande en las páginas más importantes de nuestra historia; historia que venía ya cargada de laureles y de inmenso poder. España imponía su presencia. Sus soldados, el redoble de aquellos tambores marciales repercutían victoriosos por todos los confines del mundo. Era aquella la hora de España, la gran ocasión de España...

Pero cuando la idea de El Escorial empieza a bullir, aquellos inmensos dominios vivían momentos de difícil manejo político. Control que, desde aquí, precisamente, mantendría más tarde una mano firme, segura y tan poderosa como grande era en aquella época la nación que marcaba el rumbo del mundo.

Y así surge, al hablar del Monasterio, la sombra inmensa del enlutado monarca que todo lo hizo posible. Y surge con la verdad de su fuerza, esa fuerza que impondrá para siempre el nombre de su creador a la obra magna de El Escorial. Felipe II y el Monasterio de El Escorial o, si prefieren, el Monasterio de El Escorial y Felipe II. Así, como suena, ligados en la historia que todo lo hizo posible y en las piedras inmovibles que dieron forma real a ese sueño maravilloso.

Sombra que una y otra vez, día a día, año tras año, se mantendrá erguida en torno al Monasterio que, con sólo esa presencia simbólica, adquiere un valor único, de auténtico sabor histórico.

Melancólico y —como dicen— añorante y torturado, exaltando su amor a Dios, Felipe II se sitúa en este Monasterio que llevó siempre dentro de sí. Su ancho mundo, lleno de horizontes, lo reduce aquí a una parcela de tierra donde piedra a piedra quiere





grabar para la eternidad el paso vacilante de un humilde cristiano que, además de cristiano —si es que su alma le permite ser algo más—, es el Rey de las Españas. De las Españas que limitan con todas las partes de la tierra y se ven rodeadas por todos los mares y todos los océanos del ancho mundo que dominan.

Es fácil evocar la escena. Reconstruir hechos y acontecimientos que van dibujando con pinceles de gloria los pasos decididos que hacen cada vez más grande la historia de nuestra patria. Es fácil evocar estas páginas y ver como desde aquí Felipe II recibe fastuosas embajadas, noticias que traen buenas nuevas o mensajes que hablen de posibles desastres. La España de Felipe II se juega su destino en mil batallas distintas y desde cualquier lugar del mundo pueden llegar en cualquier instante partes victoriosas anunciando el triunfo de Lepanto o, como contraste, que también cuenta en la historia, desastres como el de la "Armada Invencible". Es igual, el Rey sabe aceptarlo todo; no es fácil impresionar a esta figura seria y sensata. Todo viene aquí, a su Monasterio, y él lo recibe todo imperturbablemente, con esa elegancia innata de quien es hijo del emperador. Con esa sencilla elegancia que, incluso, aceptará más tarde una muerte cristiana para cuyo momento final tantos años preparó su alma de católico ferviente. Hasta las noticias íntimas, problemas familiares, dificultades domésticas, intrigas políticas, tienen igualmente en este marco que el Rey levantó un lugar destacado que cuenta y mucho en la vida de un hombre que nada improvisa.

Pero Felipe II, el gran Felipe II, se reduce a sí mismo, se aísla dentro de estas piedras que él ha ido construyendo palmo a palmo, fecha tras fecha. Se refugia así, en propia vida, en el lugar que ha destinado para sus restos mortales. Parece huir de un mundo que cada vez ve más complicado y busca y encuentra, no cabe duda, consuelo en las piedras que él ha construido.

Extraña voluntad la de este hombre extraño que tan pronto se nos muestra como el más fuerte de los seres humanos o se nos presenta, arrodillado, como el hombre más humilde de la creación.

Severo y justo, busca con ansia una y otra vez la verdad de su reino, con preocupación de gobernante responsable de su difícil cometido. Hombre fuerte y honrado, duro e intransigente, es en ocasiones un modesto ser humano.

¿Qué hay tras esta doble personalidad? ¿Remordimientos del poderoso, que duda si acertó en su inflexible decisión? ¿Sencillez de un hombre piadoso que todo lo supedita a la mano divina?

No podemos dejar al hombre y sus problemas, pues de pasada tenemos que utilizar un poco de la personalidad del rey para ir encontrando la verdad de su obra, la verdad de su Monasterio.

Puede ser difícil acertar, dar con el móvil en este atrevido juego. Pero, eso sí, no hay aquí, en la gran obra de El Escorial, la soberbia o el orgullo del Rey más poderoso de la Historia de España.

Líneas puras y severas huyen siempre del fausto y la riqueza, para entregarse honradamente al culto severo del arte. Arte noble, que con elegancia va descubriendo a cada paso el espíritu del hombre que todo lo ha movido.

Por eso, preferimos buscar con sencillez la obra de un hombre sencillo. No nos convencen —o no nos conformamos— con la conmemoración por la victoria de una batalla decisiva, ni tampoco nos quedamos con la promesa a un padre moribundo o la compensación a un convento destruido por necesidades bélicas.

Felipe II pone algo más que todo eso en el gran esfuerzo que hace posible piedra a piedra.

Creemos —estamos convencidos— que todo esto es una oración, un poema religioso que un rey y un hombre religioso busca para acabar su vida terrenal y conservar después sus restos mortales. Todo lo demás es posible —lo aceptamos y lo respetamos—, pero secundario en el ánimo de un hombre acostumbrado a mandar, quizás cansado ya de mandar, y que sólo piensa y confía en Dios.

Desde el primer momento, Felipe II busca en la paz del Monasterio tranquilidad espiritual. Sosiego para el hombre agotado y enfermo que dirige el mundo y, como postrera visión, reposo para sus restos mortales, convencido de que su alma tendrá que seguir otros caminos más severos y decisivos en los que su poderío temporal —su inmenso poderío— le exigirá una tremenda y suprema responsabilidad.

Y ante esta realidad, Felipe II, como el más piadoso de los cristianos —convencido de sus culpas—, se consagra en El Escorial a preparar su alma para el Juicio Supremo. Se rodea de santas reliquias y es prácticamente un monje penitente que sufre las enfermedades más atroces con una resignación bien distinta a la del poderoso monarca que ordena y manda sin admitir discusiones.

Así le va llegando la muerte. Anciano ya, cada vez más sabio en los manejos de la política y, cada vez, más humilde como católico. Siente en sus carnes las duras heridas de su mal y los cirujanos torturan su cuerpo, intentando en vano aplazar el destino final. El, sin embargo, impasible, sólo piensa en Dios.

Y qué bien encaja este cuadro de resignado y cristiano dolor con toda la mole del inmenso edificio. El doblar de las campanas, el silencio de la sierra, el frío y la oscuridad de la noche es ambiente propicio y recogido para el eco de las oraciones susurrantes, de las plegarias piadosas que piden a Dios por el alma de un gran rey cuya vida, poco a poco, va apagándose, consumiéndose en una lentitud apropiada, tranquila y solemne.

La muerte de Felipe II coincide una vez más en la idea inicial del Monasterio de San Lorenzo de El Escorial.

El poder le brindó las mayores glorias terrenales, pero las grandes responsabilidades que tuvo que aceptar le hicieron dura una vida que su organis-





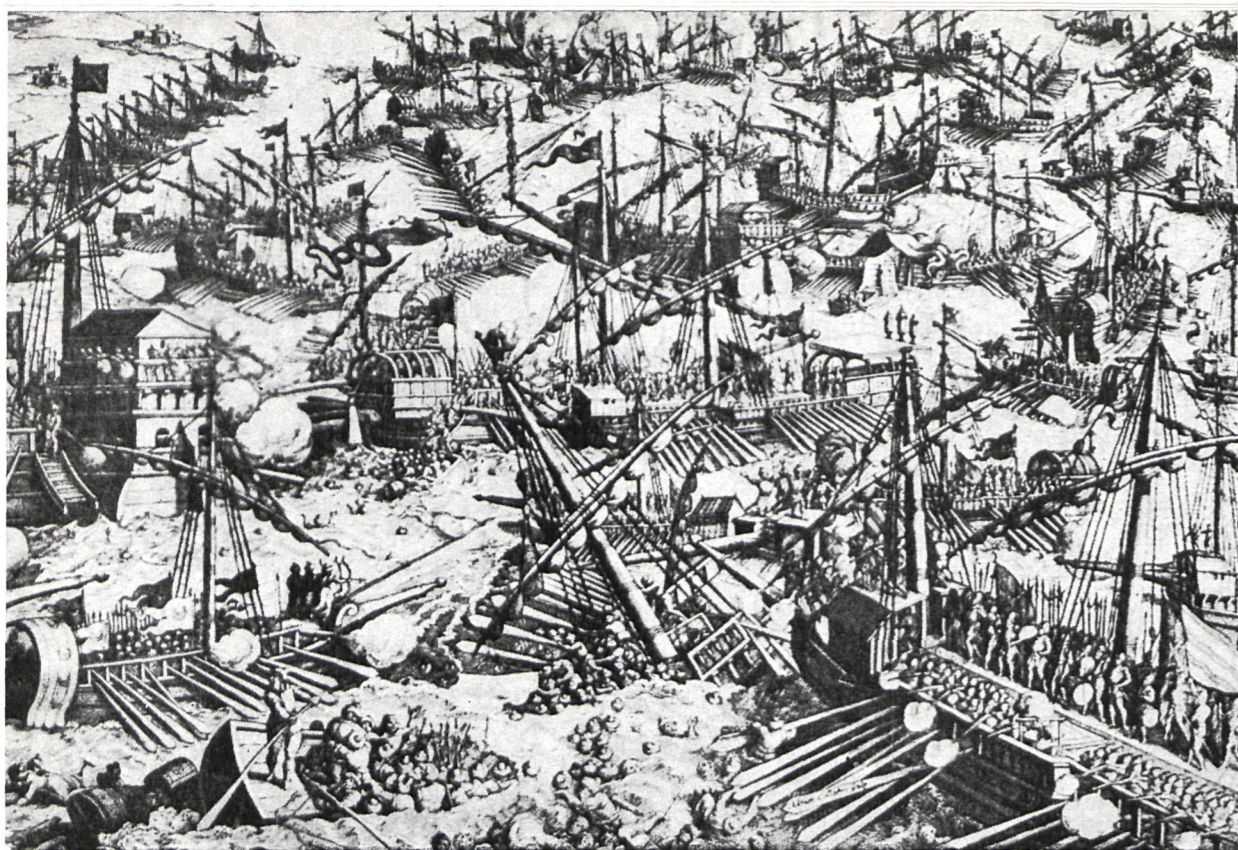
**Felipe II y Ana de Austria en el mausoleo del Monasterio de El Escorial.**

mo, débil y enfermizo, complicó y llenó de sufrimientos.

Pero él fue levantando su gran obra, y la dejó bien acabada tras sí. El mismo, personalmente, insistió en los detalles, imponiendo su carácter y su personalidad. Su oración —su gran oración— era una cosa íntima, muy íntima, y los artífices materiales de la construcción tuvieron que limitarse a adaptarse rigurosamente al espíritu creador de este hombre que tantas veces se arrodilló ante Dios.

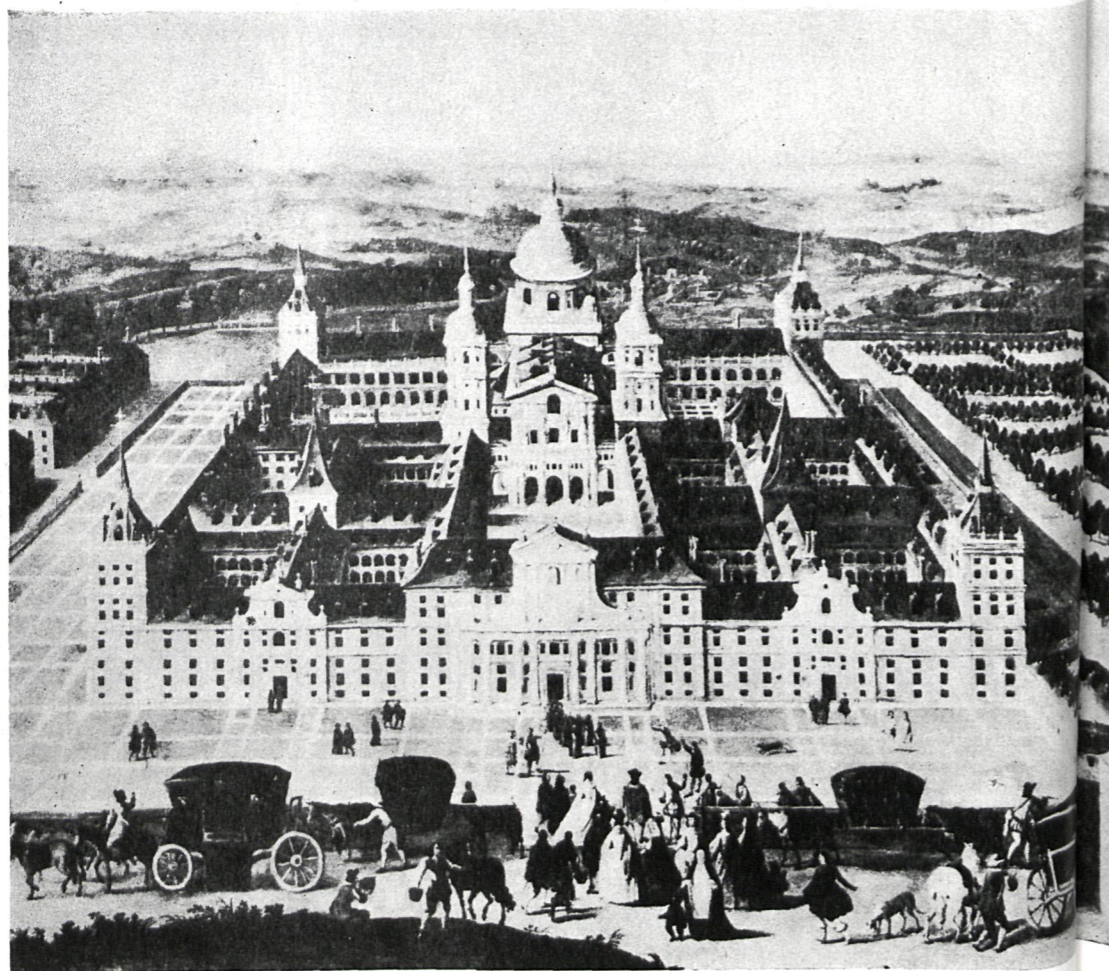
Y como homenaje final a su fe, dejó este Monasterio, levantó esta inmensa oración que su fuerza convirtió en piedra bien labrada. Y una a una, plegaria tras plegaria, piedra sobre piedra, construyó esta Casa de Dios que puede ser, según las guías de turismo, la octava maravilla del mundo, pero, estamos seguros, es, sobre todas las cosas, un poema religioso que un rey y un hombre religioso elevó mirando al cielo, buscando en la blancura de las nubes la presencia misericordiosa de su Dios.





Recibe la noticia  
el Monasterio de  
Escorial con el  
estandarte real  
turco llamado  
"Jacques"

Influencia del  
Monasterio en  
Madrid: calles de  
El Escorial, Juan  
de Herrera y San  
Quintín. El Puen-  
te de Segovia.



**LA VICTORIA DE LEPANTO NO  
ALTERA EL SEMBLANTE DE FELIPE II**



Hablar a estas alturas de lo que es y representa el Monasterio de El Escorial es cosa que no pretendo. Se ha dicho tanto de la "Maravilla del Mundo", la séptima, por tan ilustres historiadores y preclaras plumas, que no voy a cometer la osadía de hablarles sobre el Monumento filipino, del que ustedes conocen seguramente más que yo.

Lo que sí les puedo asegurar es que, de ahora en adelante, los madrileños visitarán El Escorial. No crean que deliro. Hay miles y miles de madrileños que, por estar tan cerca el Monasterio, al alcance de la mano en cualquier momento, como quien dice, no lo han visitado nunca. Conocen su historia, incluso sus características principales... pero lo han visto en fotografía. ¡Ya iré algún día!, se suele decir. "Aprovecharé un domingo"; pero ese domingo nunca llega oportunamente. Ahora, les aseguro, estos madrileños tendrán verdadero interés en "descubrir" el Monasterio de El Escorial y abrirán una boca "así de grande" como cualquier palurdo ante un semáforo.

Por eso, comprenderán ustedes que yo no les "voy a descubrir" el Monasterio.

Sin embargo, permítanme presentarles dos muestras que prueban el incalculable valor del contenido de la Biblioteca del Real Sitio. Dejo a los críticos de arte todo ese fabuloso tesoro de la pinacoteca de El Escorial y también a ellos el estudio de la traza herreriana. Lo que está a la vista de todos, no sólo en el Monasterio sino en todos los palacios del Patrimonio Nacional, es la transformación admirable que desde hace algún tiempo a esta parte se ha operado en ellos, rescatando para el disfrute general numerosísimas obras artísticas que habían permanecido amontonadas en sótanos o desvanes, adecentando salones y reparando aquello que todavía queda afectado por la huella del tiempo y la ausencia de la mano conservadora.

## EL BOTIN DE LEPANTO

Entre las infinitas relaciones que existen manuscritas referentes a la batalla de Lepanto, la primera que se recibió en El Escorial, la más sucinta y al mismo tiempo la más entusiástica y enérgica, fue escrita por Francisco de Murillo y dirigida al Secretario del Rey Felipe II, don Antonio Pérez.

El comunicante, Francisco de Murillo, aprovechó la ocasión para narrar la noticia de la heroica jornada de forma que más semejara una petición de recompensas. Terminó diciendo: "El capitán Juan

Rubio queda sano y bueno, aunque ha hecho con una galera cosas de no creer, porque ha peleado con tres galeras de las mejores de los enemigos, y rendídoles, y él y yo hemos sido venturosos en no haber ganado un solo maravedí ni más; que con tanto contento no fuera malo habernos topado alguna buena bolsa de ducados, Vm. como Señor y principal se mande acordar de sus servidores, pues no tenemos otra esperanza después de Dios, el cual guarde la muy ilustre persona y casa de V. S. con la salud y aumento de estado que sus buenos servidores deseamos. De Lecorchorale a 9 de octubre de 1571.—Ilustre Señor.—Besa las manos de Vm. su servidor Francisco de Murillo.

Suplico a Vm. que con la primera ocasión mande a un su criado que encamine al Chantre mi hermano lo que será con ésta, que porque me importa tomo este atrevimiento."

En las memorias del monje escorialense fray Juan de San Jerónimo figura escrita por él mismo la relación de la batalla de Lepanto. Fue testigo de la llegada de la noticia de la victoria a conocimiento del Rey, que se hallaba en el Monasterio, en el coro. El correo portador de la buena nueva por encargo de don Juan de Austria, llevaba también el estandarte real del turco llamado San Jacques, de gran veneración entre los turcos "como en el Cristianismo se tiene al Santo Sacramento; el cual estandarte mandó S. M. se quedase en este monasterio, en memoria que le había venido aquí la nueva de tan señalada victoria".

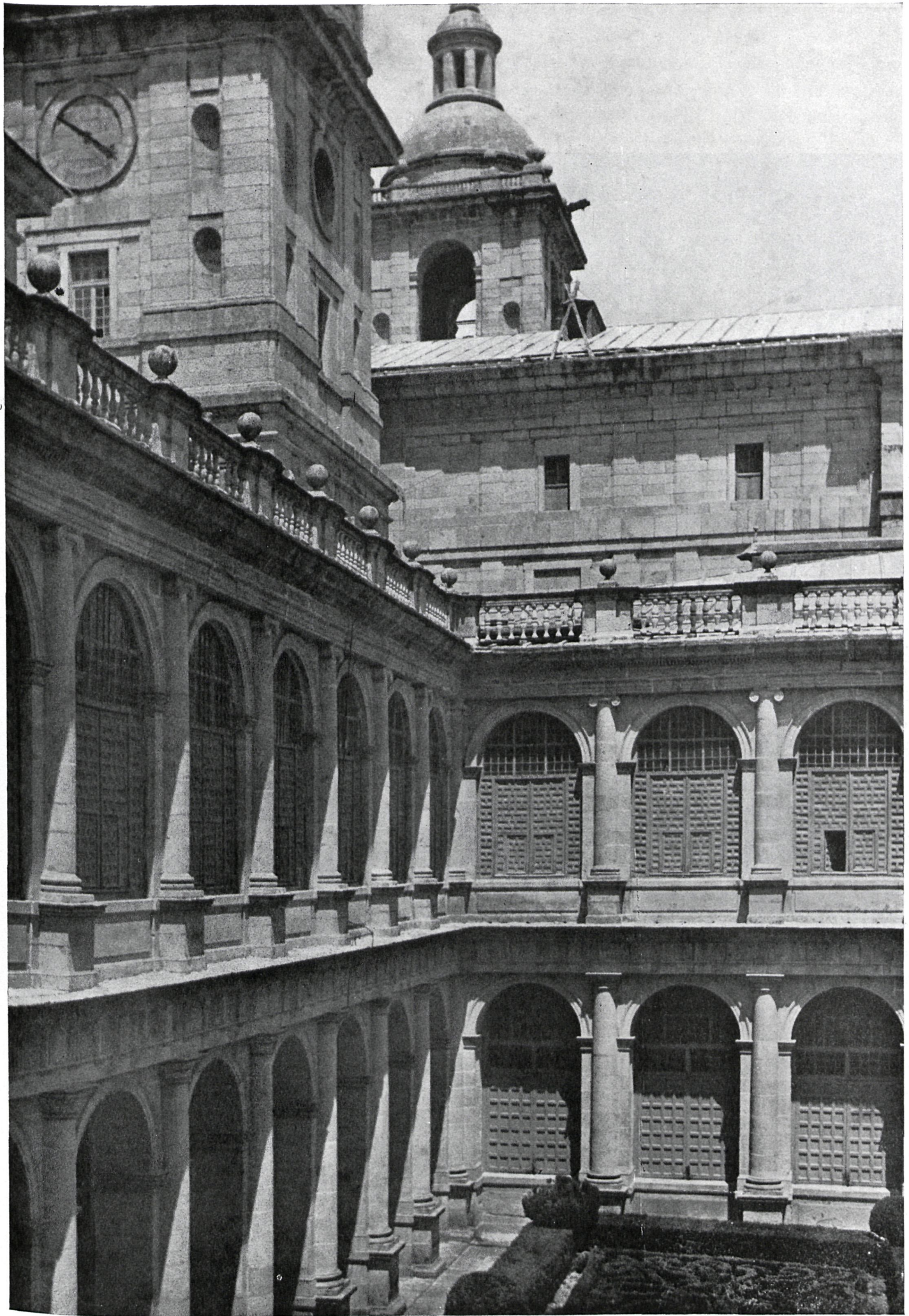
He aquí como Felipe II recibió la noticia:

El primero que dio la noticia al Rey fue don Pedro Manuel. Penetró en el coro "demudado y de prisa y no con la cotidiana composición, y con voz alta dijo como estaba junto a su aposento el correo de don Juan de Austria, que traía la nueva de lo acontecido en la guerra; y S. M. no se alteró, ni demudó, ni hizo sentimiento alguno, y se estuvo con el semblante y serenidad que antes estaba, con el cual semblante estuvo hasta que se acabaron de cantar las vísperas".

Llamó después al Prior del Monasterio, fray Hernando de Cidarreal y le mandó que, en acción de gracias, se cantase el Te Deum. Después del acto religioso el Prior besó la mano al Rey le felicitó por el buen éxito de la batalla.

El Rey se fue a su aposento muy alegre por la noticia recibida.





GALERIAS DEL MONASTERIO.—(Foto Loygorri)